

PROSPER-OLIVIER LISSAGARAY

HISTORIA DE LA COMUNA DE PARÍS DE 1871

PRÓLOGO DE
ÉRIC
HAZAN
PRÓLOGO DE

Capitán Swing®



HISTORIA DE LA COMUNA DE PARÍS DE 1871

PROSPER-OLIVIER LISSAGARAY

Prólogo de
Eric Hazan

Introducción de
Eleanor Marx

Traducción de
Blanca Gago Domínguez

Capitán Swing 

Prólogo

de Eric Hazan

Desde Jenofonte hasta Churchill, todos aquellos relatores de hechos en los que ellos mismos participaron gustan, generalmente, de otorgarse un papel principal en los mismos. La razón más común de su escritura es justificar y celebrar su contribución personal a la historia. En este aspecto, como en tantos otros, Lissagaray es un caso aparte. Él luchó para defender la Comuna, rifle en mano, y muchos siguen creyendo que el federado del capítulo 31 que defendió solo la última barricada de la *rue* Ramponeau, el 28 de mayo de 1871, era él. Sin embargo, en esta *Historia de la Comuna de París* no aparece ni una sola vez. En el magnífico retrato que esboza de «París en vísperas de su muerte», en el capítulo 25, presenta a «uno de esos hombres tímidos de las tímidas provincias» a quien va guiando por toda la ciudad, lo que hace suponer que inventó a este compañero para poder decir *nosotros* («Al desandar nuestros pasos, rodeamos la *mairie* del undécimo *arrondissement*») y evitar así el *yo*.

Pero no se trata de una cuestión de modestia. Lissa, como lo llamaba todo el mundo, era un gascón bastante orgulloso

e irascible, panfletario y duelista. La verdadera razón de su ausencia en el texto es que no escribió este libro para narrar sus memorias personales —como sí lo hicieron Jules Vallès y Louise Michel, entre otros—, sino para combatir las calumnias y mentiras que la burguesía victoriosa arrojó cual cubo de agua sobre los comuneros derrotados. En una carta abierta publicada en *Le Rappel* el 25 de julio de 1880, se dirigía de este modo a los dos amigos que habían aceptado secundarlo en duelo con un periodista:

Os agradezco vuestra ayuda a la hora de alumbrar la inefable cobardía de aquellos que nos insultan en *Le Figaro* y sus secuaces desde hace nueve años; los mismos que se comportaron como perros de Galliffet^[1] durante el sitio de París denunciando a los supervivientes, rematando a los heridos [...], los mismos que durante estos nueve años han ido apilando inmundicia sobre los deportados y exiliados [...]. Ellos son la escoria que, a lo largo de todo este tiempo, mediante un control absoluto de la prensa y las librerías, ha inventado su propia leyenda sobre los acontecimientos y los hombres de la Comuna.

Esa «escoria» no solo incluía a periodistas, sino también a grandes nombres de la literatura, de Flaubert a Zola y de los hermanos Goncourt a Maupassant, Barbey d'Aurevilly o Alphonse Daudet. Lissagaray se vuelca en la historia con el único fin de restablecer la verdad: «El tiempo apremia —escribió en el prefacio de la primera edición de su obra, en 1876—, las víctimas se arrastran hacia sus tumbas y la perfidia de los liberales amenaza con superar las gastadas calumnias de los monárquicos». Y en el prefacio de 1896, añadido con motivo de la segunda edición y titulado «Para que se sepa», escribió que los actos hablarán por sí solos:

[...] resumido[s por] un antiguo combatiente que no ha sido, sin duda, ni miembro, ni oficial, ni funcionario, ni empleado de la Comuna, un hombre de rango sencillo que ha conocido a hombres de toda clase y procedencia,

ha visto los hechos, atravesado los dramas, y, durante largas jornadas, ha recogido y tamizado los testimonios, sin otra ambición que la de esclarecer, para las generaciones venideras, el sangriento surco trazado por sus mayores.

Este hombre consagrado a un libro que tardaría veinticinco años en escribir no era ningún principiante. En agosto de 1868, en el departamento de Gers que lo vio nacer, fundó *L'Avenir*, un «periódico democrático» que aparecía tres veces por semana.^[2] Desde su cargo de editor jefe, Lissagaray anunció desde el primer número la orientación del rotativo: «El objetivo de *L'Avenir* es reunir todas las fuerzas disgregadas del gran partido de la revolución en Gers». Un año después, ya en París, se convirtió en editorialista de *La Réforme*, un periódico de tendencia radical, y posteriormente de *La Marseillaise*, plataforma de todas las corrientes de la izquierda revolucionaria —neojacobinos, blanquistas, internacionalistas, radicales avanzados—, con Millièrre como director, que moriría de un disparo en los escalones del Panteón durante la Semana Sangrienta, y el célebre Rochefort como editor jefe, que ingresó en la plantilla después de que el Gobierno prohibiera su periódico *La Lanterne*. En este febril periodo de los últimos días del Imperio, Lissagaray se convirtió en una notable figura de la corriente jacobina durante las «reuniones públicas que no hacen sino avivar la pasión de las ideas. La gente se amontona. En veinte años no se ha visto a los parisinos hablando en libertad». Además, pasó dos meses en la cárcel de Sainte-Pélagie a causa de sus actividades, parada obligatoria para los oponentes del Segundo Imperio que se mostraban demasiado activos. El hombre que viviría para relatar los setenta días de la

Comuna de París era, por tanto, un consumado activista y periodista.

El largo y vehemente prólogo del libro narra los años finales del Imperio en París, el incremento de las huelgas y manifestaciones, el desarrollo de la Internacional («esa misteriosa Internacional que contaba, según se decía, con grandes tesoros y millones de afiliados»), los movimientos solidarios con los republicanos italianos y con Rusia y Polonia bajo la ocupación... Lissagaray dedica palabras durísimas a la «Izquierda» (que escribe en mayúscula, como signo de escarnio): «A partir de este momento se establecen dos oposiciones: la de los parlamentarios de izquierda y la de los socialistas, que cuenta con numerosos obreros, empleados y pequeñoburgueses». Poco después, esa izquierda parlamentaria, de forma casi unánime, se pondría de parte de los versallescos durante la Comuna. Lissagaray no pierde oportunidad de señalar a uno de sus «héroes», Louis Blanc, ya conocido por su traición y cobardía durante las jornadas de junio de 1848.

[...] en ese tono lacrimógeno y jesuítico con el que tergiversaba la historia, con esos enrevesados accesos sentimentales con los que ocultaba su falta de empatía, Louis Blanc escribió: «[...] Por lo que respecta a los insurgentes, les decimos que deberían haberse puesto a temblar ante la mera perspectiva de agravar y prolongar la catástrofe de la ocupación extranjera con la catástrofe de las discordias civiles».

Nótese de paso la mordaz efectividad del estilo de Lissagaray, uno de los mejores escritores de prensa en una época en que los periodistas franceses sabían muy bien cómo escribir.

El auge de la Internacional en Francia y Alemania no fue capaz de evitar la guerra franco-prusiana en julio de 1870.

Aun así, «por el honor de su pueblo, existía otra Francia dispuesta a manifestarse. Los obreros parisinos quieren barrar el paso a esta guerra criminal, mientras los antiguos posos del chovinismo enfangan los ríos». Una gran manifestación contra la guerra ocupa París, y «Ranvier, pintor de porcelana muy conocido en Belleville, marcha a la cabeza sosteniendo un estandarte». Pero «los perros de la guerra ya se habían soltado y algunos periodistas [...] se hacían oír a pleno pulmón en todo París, clamando que al cabo de un mes ya estarían entrando en Berlín».

En vez de victorias, la guerra trajo un desastre de tal magnitud que el régimen ya no pudo sostenerse. Lissagaray cuenta cómo la gente, al enterarse de que habían capturado a Napoleón III en Sedán, obligó a la izquierda a proclamar la abolición del Imperio:

A la una, pese a los esfuerzos desesperados de la izquierda, la multitud llena los pasillos [de la Asamblea]. Ha llegado el momento. Los diputados intentan apoderarse del Gobierno y formar un ministerio. La izquierda apoya esa alternativa con todas sus fuerzas y se indigna al oír hablar de República. [...] Gambetta, arrojado a la tribuna, debe proclamar la humillante abolición del Imperio. El pueblo quiere más, pide la República, y lleva a los diputados [...] al *Hôtel de Ville* para proclamarla.

Pero los líderes de la izquierda, tan astutos como siempre, impiden la maniobra y se constituyen en un autoproclamado Gobierno. Lissagaray escribe ferozmente: «Así fue como doce ciudadanos entraron en posesión de Francia: se declararon legítimos por aclamación popular y tomaron el gran nombre de Gobierno de la Defensa Nacional. Cinco de esos doce habían perdido la República en 1848».

A los pocos días, el ejército prusiano estableció posiciones alrededor de París para sitiar la ciudad hasta enero de 1871. El Gobierno de la Defensa Nacional y el ejército, al mando de generales bonapartistas, temían más un levantamiento popular que la derrota ante los prusianos, la cual consideraban inevitable: «Tal impericia alarmó rápidamente a los revolucionarios, que habían prometido su apoyo, pero no a ciegas». Decidieron entonces establecer un comité de vigilancia en cada *arrondissement*, dirigido por cuatro delegados del Comité Central de los veinte *arrondissements*. Este tumultuoso procedimiento de elección dio como resultado un comité compuesto por obreros, empleados y artistas conocidos en los movimientos revolucionarios de los últimos años. La sede del comité se encontraba en la *rue* de la Corderie, en un local cedido por la Internacional.

El comité, que prefiguraba el Comité Central de la Guardia Nacional y desempeñaría un papel determinante en las semanas siguientes, publicó un manifiesto que empapelaría las calles parisinas exigiendo:

[...] la elección de las municipalidades, el control de la policía, la elección y el control de todos los magistrados, la absoluta libertad de prensa, reunión y asociación, la expropiación de todos los artículos de primera necesidad y su distribución por asignación, la provisión de armas a los ciudadanos y el envío de comisionados para el alzamiento de las provincias.

Se trataba, pues, de un genuino programa revolucionario, que la Comuna aplicaría de un modo muy amplio. Naturalmente, los periódicos burgueses tacharon al comité de prusiano.

Los cuatro largos meses del sitio parisino evidenciaron claramente la traición del Gobierno a su pueblo: la Comuna surgió como un levantamiento patriótico, un gesto de orgullo nacional, antes de convertirse en un movimiento social revolucionario, y ese rasgo le brindó el apoyo esencial de la pequeña burguesía radical:

¿Cuál es entonces el objetivo de este Gobierno? Pactar. No les queda otra salida tras las primeras derrotas. Los reveses que exaltaron a sus padres [en alusión a 1792, la batalla de Valmy] pusieron a los hombres de la izquierda al mismo nivel que los diputados imperiales. Convertidos en Gobierno, tocan la misma música y envían a Thiers a buscar la paz por toda Europa, y a Jules Favre a ver a Bismarck. Cuando todo París les gritaba: «Defendednos, echad al enemigo», ellos aplaudían y aceptaban, mientras se decían al oído: «Vamos a capitular». Nunca hubo en la historia una traición más miserable.

París capituló el 28 de enero de 1871. Se eligió rápidamente una Asamblea Nacional («Tras el pistoletazo de las elecciones, el decorado tan minuciosamente dispuesto apareció de repente para mostrar regimientos de conservadores, todos ellos firmes y con sus listas en la mano»). La mayoría monárquica se había congregado inicialmente en Burdeos, pero durante la Comuna, claro está, acabaría sentada en Versalles.

En París, sin embargo: «Un solo pensamiento prevalecía: la unión de las fuerzas parisinas contra los triunfantes rurales. La Guardia Nacional era el símbolo viril de toda la ciudad. [...] se decidió que los batallones se agruparían en torno a un Comité Central». ¿Quiénes eran sus miembros? «¿Agitadores, socialistas de la Corderie,^[3] escritores de renombre? No, entre ellos no había nadie conocido [...]. Desde el primer día, la idea de la federación apareció tal como era: universal, no sectaria, y por ello, poderosa».

Podemos apreciar lo mucho que a Lissagaray le gustaba esa idea de poder impersonal: «Desde la mañana del 10 de agosto de 1792, París no había vuelto a ver tal advenimiento de hombres desconocidos».

En marzo de 1871, la tensión entre la Asamblea —que había puesto a Thiers al mando del Gobierno— y el pueblo parisino creció. La Asamblea votó que los alquileres que no se habían pagado durante el sitio se liquidaran inmediatamente:

Trescientos mil obreros, tenderos, sastres, pequeños fabricantes y comerciantes que habían gastado sus ahorros durante el sitio y seguían sin ganar nada quedaron a merced de los propietarios y de la bancarrota. [...] Así las cosas, la Asamblea se convocó para el 20 de marzo, después de que Thiers se viera obligado a asegurar que podrían deliberar en Versalles «sin temor a las piedras de los amotinadores».

La explosión estallaría el 18 de marzo. Esa noche, Thiers envió al ejército a apoderarse de los cañones de la Guardia Nacional instalados en Montmartre y otros barrios populares de París, cañones pagados por la propia guardia y que, por tanto, le pertenecían. Por la mañana, cuando los barrios despertaron:

Alrededor de las lecheras y ante las bodegas, la gente habla en susurros, señala a los soldados y las metralletas que apuntan [...]. Como en los días [de 1792], las mujeres fueron las primeras en actuar. Las del 18 de marzo, doblemente castigadas por la miseria del sitio, no esperaron a sus hombres. Rodearon las metralletas y apostrofaron al sargento al mando de las mismas: «¡Esto es una vergüenza! ¿Qué hacéis ahí?». Los soldados callaron, hasta que por fin un suboficial respondió: «Vamos, señoras, márchense».

El general Lecomte, rodeado en Montmartre, «ordenó disparar tres veces. Sus hombres permanecieron de pie, con las armas apoyadas en el suelo. La multitud avanzó

para fraternizar con ellos y arrestar a Lecomte y sus oficiales» (Lecomte sería fusilado ese mismo día junto con otro general, Clément Thomas, uno de los carniceros de las jornadas de junio de 1848).

A las once de la mañana, «el pueblo ha vencido a los agresores en todas partes, ha conservado los cañones [...] y ha ganado miles de fusiles». La mañana del 19 de marzo: «La bandera roja ondea en el *Hôtel de Ville* y, con las brumas de la mañana, se han evaporado el ejército, el Gobierno y la administración. De [...] la oscura *rue Basfroi*, el Comité Central [de la Guardia Nacional] se eleva a la cima de París ante el resplandor del mundo». Se enviaron delegados para tomar el mando de los diversos servicios y ministerios: «Varlin y Jourde fueron a Finanzas, Eudes a Guerra, Duval y Raoul Rigault a la Prefectura de Policía, Bergeret a Interior, Édouard Moreau se encargó del *Officiel* y de la Imprenta Nacional, y Assi obtuvo el gobierno del *Hôtel de Ville*». Casi ninguno de los citados sobrevivió a la Comuna.

«El honor y la salvación del Comité [Central] se asentaban sobre un único propósito: devolver el poder a París». Con este fin organizó unas elecciones tan libres que un cierto número de conservadores, oponentes del Comité, resultaron elegidos. El día después, 28 de marzo:

[...] doscientos mil de estos miserables acudieron al *Hôtel de Ville* a instalar a sus representantes elegidos. Los batallones, a redoble de tambor, la bandera ondeante con el gorro frigio y la banda roja en el fusil, secundados por la infantería de línea, artilleros y marinos fieles a París, bajaron por las calles hasta la *place* de la Grève [*place* del *Hôtel de Ville*] como afluentes de un mismo río. [...]

De repente, el ruido se acalla. Los miembros del Comité Central y de la Comuna, con sus bandas rojas sobre los hombros, aparecen en la tarima.

[...]

Ranvier apenas logra gritar:

—¡En nombre del pueblo, queda proclamada la Comuna!

Un eco de miles de voces [...] responde:

—¡Viva la Comuna!

Los quepis danzan sobre la punta de las bayonetas y las banderas flamean en el aire. Desde las ventanas y los tejados, miles de manos agitan pañuelos. Rápidamente, el rumor de los cañones y la música de clarines y tambores se mezclan en una sola y formidable comunión.

Lissagaray dedica un cuantioso espacio —casi la mitad del libro— a subrayar las causas de la derrota de la Comuna y el desastre final. Está claro que pretende extraer lecciones de todo ello para la próxima vez. Veintiséis años más tarde, dejó sus razones escritas en un estudio de investigación llevado a cabo por la *Revue Blanche*:^[4]

¿Cómo resumiría las causas del fracaso de la Comuna?

Los primeros errores clave fueron no ocupar el monte Valérien y esperar al 3 de abril para marchar a Versalles. Las interferencias del Comité Central en varios asuntos después de las elecciones, el manifiesto y la división de los veintidós miembros en minoría el 15 de mayo,^[5] la manía de la Comuna de legislar, cuando lo importante era luchar y prepararse para la batalla final... Todo ello constituyó el germen de la derrota. Y cuando los de Versalles entraron en París, la derrota se precipitó debido a la proclamación emitida por Delescluze el 22 de mayo, que incumplía toda clase de disciplina, así como a la dispersión de los miembros de la Comuna hacia sus respectivos distritos, la inacción virtual del parque de artillería en Montmartre o el incendio del *Hôtel de Ville* [...]. De haber planeado doscientas barricadas con tiempo y apoyos estratégicos, diez mil hombres habrían bastado para defender París indefinidamente.

Las humildes barricadas de la Comuna, improvisadas y sin apoyos mutuos, no resistirían más de una semana. No eran como las tradicionales fortalezas de dos pisos de alto, sino que estaban construidas con unas cuantas piedras dispuestas unas sobre otras, que apenas alcanzaban la altura de un hombre. Detrás, a veces, había un cañón o un rifle y en medio, calzada entre dos piedras, la bandeja roja, color de la venganza. Docenas de regimientos se enfrentaron a estas miserables murallas.

La lucha se centró muy pronto en los barrios populares del norte y el este. El 23 de mayo se tomó Montmartre y comenzaron las masacres:

Apenas llegado a Montmartre, el Estado Mayor versallesco ofreció un holocausto a las sombras de Lecomte y Clément Thomas. Condujeron a cuarenta y dos hombres, tres mujeres y cuatro niños al número seis de la *rue des Rosiers* y los obligaron a arrodillarse ante el mismo muro donde fueron ejecutados los generales el 18 de marzo, y allí los mataron.

La Comuna emprendió la retirada de la *mairie* del undécimo *arrondissement*. Las barricadas del bulevar Voltaire detuvieron a los versallescos que habían ocupado la *place* du Château-d'Eau (actual *place* de la République):

[...] vimos a Delescluze, Jourde y medio centenar de federados marchando en dirección a Château-d'Eau. Delescluze iba vestido de diario, con sombrero negro, levita, pantalones y una banda roja, discreta como siempre, atada a la cintura. Desarmado, se apoyaba en un bastón. [...] A unos cincuenta metros de la barricada, los guardias que lo acompañaban se quedaron atrás, pues los proyectiles oscurecían la entrada al bulevar.

El sol estaba poniéndose tras la plaza. Delescluze, sin reparar en que ya no lo seguían, continuó adelante, la única criatura viviente en todo el bulevar Voltaire. Al llegar a la barricada, se inclinó hacia la izquierda y trepó las piedras apiladas. Entonces vimos por última vez su austero rostro, enmarcado en una barba blanca, contemplando la muerte. De repente, Delescluze desapareció. Había caído fulminado en mitad de la *place* du Château-d'Eau.

Las barricadas finales de la Comuna —varias calles se disputan el honor de haber alojado la última de todas— se erigieron en las cuestas de Belleville. A lo largo del domingo fueron cayendo de una en una, bajo un sol radiante. «El tiroteo se fue apagando poco a poco y los silencios eran cada vez más largos. El domingo 28, a mediodía, se oyó el último cañonazo de los federados desde

la *rue* de Paris, tomada ya por los versallescos. El doble disparo exhaló el último suspiro de la Comuna de París».

Lissagaray escapó de las ejecuciones en masa, los juicios militares, las prisiones de los pontones de Brest o las deportaciones a la Guyana. Consiguió esconderse en casa de una prostituta y luego cruzó a Bélgica, y de ahí a Inglaterra, el principal refugio de la Comuna. En la segunda edición de su libro describe así la vida de los comuneros en Londres: «Los obreros enseguida encontraron trabajo, pues muchos pertenecían a la élite de su gremio» —grabadores, pintores de porcelana, estampadores, escultores de marfil, todos los artesanos profesionales y diestros que habían estado en el núcleo de la revolución parisina—. «Las mujeres —modistas, floristas, sombrereras, lenceras que hacían gala del buen gusto francés— inmediatamente encontraron trabajo en los talleres para crear nuevos modelos». Los comienzos fueron más duros para «los exiliados que no tenían un oficio manual, como empleados, profesores, médicos u hombres de letras». Muchos de estos últimos empezaron a dar clases de francés —Brunel enseñó «en la Escuela Naval de Dartmouth, donde tuvo como alumno al príncipe de Gales»— o bien consiguieron reanudar su actividad artística, como en el caso del escultor Dalou o el pintor Tissot. Las peleas entre exiliados eran frecuentes (especialmente entre Vallès y Lissagaray) y, sin duda, existían «grupos enemistados entre sí [...] —en todos los exilios, tarde o temprano, aparecen los surcos del odio—, pero siempre se reencontraban tras el féretro de algún camarada envuelto en la bandera roja».

En Londres, uno de los puntos de reunión entre los exiliados era la casa de Karl Marx, de la que Lissagaray se convirtió en asiduo visitante. Así empezó una larga y dolorosa relación entre Lissa y Tussy (Eleanor), la hija pequeña de Marx. Este se oponía totalmente a la relación de Tussy con el francés porque no era un buen partido (Marx desconfiaba profundamente de los pequeñoburgueses seguidores de Proudhon). La madre de Tussy, Jenny, también veía con hostilidad la boda de su hija con un hombre que le doblaba la edad (por aquel entonces, Lissa tenía treinta y cuatro y Tussy, diecisiete). A Laura, la hija mediana de Marx, casada con Paul Lafargue, tampoco le gustaba Lissagaray, que guardaría hacia Lafargue un gran resentimiento durante el resto de su vida. Al final, Tussy se resignó a obedecer a su familia, pero en marzo de 1874 escribió a su padre:[6] «Me gustaría saber, querido Mohr, cuándo podré volver a ver a L. Es tan duro no verlo nunca... ¿No podría ir a dar un paseo con él de vez en cuando?». La pobre Tussy se hizo cargo de la traducción de la *Historia* de Lissagaray al inglés, finalmente publicada en 1886.

En 1873, Lissagaray publicó un panfleto en Bruselas, *La vision de Versailles*, donde dio voz a los muertos de la Comuna, en una especie de acusación fúnebre contra los versallescos:

Masacrasteis a treinta mil personas; desterrasteis, exiliasteis, encerrasteis y deportasteis a veinte mil más. El cadalso político ya se ha erigido, mientras Francia se agacha encadenada ante los pies de Bismarck, presa certera del primer general atrevido que trata de capturarla. ¡Esa es vuestra obra! Ya basta. Debéis dar cuenta de la sangre que derramamos.

La primera edición de la obra de Lissagaray apareció en Bruselas en 1876, publicada por la editorial Kistemaekers. La policía reparó en ella y prohibió su distribución en Francia. Veinte años después, una edición mucho más completa y revisada apareció en París, publicada por Dentu. Lissagaray, que regresó a París tras la amnistía de 1880, volvió a unirse a la lucha y fundó el periódico *La Bataille*, con una plantilla formada por antiguos comuneros, «que pertenecerá a todos aquellos que persiguen la supresión de clases con la llegada de la clase obrera». Ni marxista ni guesdista, y mucho menos broussista (del movimiento de Paul Brousse, contrario a la lucha de clases), el periódico llamaba constantemente a la unión de todos los revolucionarios. Apoyó las huelgas obreras, se opuso a las expediciones coloniales y desempeñó un papel muy activo en la lucha contra las maniobras antirrepublicanas del general Boulanger. Lissagaray no se rindió hasta el final.

Con ocasión de su muerte en 1901, dos mil personas acompañaron su féretro hasta el cementerio de Père-Lachaise, incluidos los veteranos de la Comuna Paschal Grousset, Charles Longuet, Maxime Lisbonne, Maxime Vuillaume y Édouard Vaillant, quien pronunció la oración fúnebre por el hombre descrito de este modo por un periodista contemporáneo: «Un hombre de recursos, inteligente, intratable con los arribistas, poderosos o no, despiadado con los renegados, duro consigo mismo y poco indulgente con los demás, de pluma y espada siempre afiladas».[7] Gracias a esa «afilada pluma», Lissagaray ha

seguido vivo hasta nuestros días con esta *Historia de la Comuna de París*.

[1] El general Galliffet estuvo al mando de la represión de la Comuna.

[2] En su introducción publicada en 1886, Eleanor Marx declara de un modo algo ambiguo que el autor «escribió casi cien páginas expresamente para esta edición» y que «la traducción, en realidad, se hizo a partir de la *Histoire de la Commune* preparada para una segunda edición». Para cuando se publicó finalmente esa segunda edición, Lissagaray había hecho más enmiendas y añadidos.

[3] Es decir, internacionalistas.

[4] *Enquête sur la Commune de Paris*, París, *Revue Blanche*, 1897, publicada por Éditions de l'Amateur, 2011, prólogo de Jean Baronnet.

[5] La Comuna fue la primera asamblea de la historia en que más de un cuarto de sus miembros eran obreros. Eso hizo que desde un principio se dividiera en una mayoría de blanquistas y neojacobinos, a favor de un gobierno revolucionario autoritario, y una minoría formada por internacionalistas y varios socialistas, que apostaba por medidas sociales y se oponía firmemente a la idea de una dictadura revolucionaria. Entre los miembros de esta minoría se hallaban Gustave Courbet, Jules Vallès y Charles Longuet, futuro yerno de Marx.

[6] Véase la carta completa en Yvonne Kapp, *Eleanor Marx, vol. 1: Family Life 1855-1883*, Londres: Lawrence & Wishart, 1972, pp. 13-14.

[7] *Ibid.*, p. 228.

Introducción

La siguiente traducción de la *Histoire de la Commune* de Lissagaray se llevó a cabo hace muchos años por expreso deseo del autor, quien además de realizar numerosas enmiendas a su obra, escribió casi cien páginas expresamente para esta edición. La traducción, en realidad, se hizo a partir de la *Histoire de la Commune* preparada para una segunda edición que el Gobierno francés prohibió publicar. Esta explicación resulta necesaria en vista de las diferencias entre la traducción y la primera edición de la obra de Lissagaray.

Escrita en 1876, algunos pasajes han quedado necesariamente desfasados, como, por ejemplo, las referencias a los prisioneros de Nueva Caledonia, el exilio o la amnistía. Aun así, he optado por mantener la traducción tal y como la hice en su día por dos razones: primero, porque las actualizaciones no serían más que parches; segundo, porque no quiero alterar un trabajo que mi padre revisó y corrigió exhaustivamente. Quiero que permanezca tal y como él lo conoció.

La *Histoire de la Commune* de Lissagaray es la única historia auténtica y fidedigna escrita hasta ahora acerca

del movimiento más memorable de la modernidad. Es cierto que Lissagaray fue soldado de la Comuna, pero ha tenido el valor y la honestidad de explicar la verdad. No ha intentado, en efecto, esconder los errores de su propio bando o dar un falso brillo a la fatal debilidad de la revolución. Si algún error ha cometido, se deberá a su moderación, a su empeño por no hacer una sola afirmación que no pueda corroborarse con las abrumadoras pruebas de su propia verdad. En la medida de lo posible, se han usado las declaraciones de los versallescos en sus investigaciones parlamentarias, su prensa y sus libros, en lugar de las declaraciones de amigos y partisanos, y cada testimonio que aparece de los comuneros se ha pasado por un escrupuloso tamiz. Esta imparcialidad, esta cuidadosa elusión de toda aseveración que pueda considerarse dudosa, es lo que hace tan recomendable su lectura.

En Inglaterra, la mayoría de la población aún ignora en gran medida los acontecimientos que condujeron y obligaron a la población parisina a hacer una revolución destinada a salvar Francia de la vergüenza y la deshonra de un cuarto imperio. La mayoría de los ingleses aún asocia la Comuna a nociones como rapiña, miedo o codicia, y al hablar de sus «atrocidades», imaginan vagamente rehenes asesinados sin piedad por la actuación brutal de los revolucionarios o casas quemadas por furiosas petroleras. ¿No es hora ya de que los ingleses descubran por fin la verdad? ¿No es hora ya de recordar que, por sesenta y cinco rehenes asesinados, no por la Comuna, sino por unos cuantos enloquecidos ante la masacre de prisioneros realizada por los versallescos, las tropas de la ley

dispararon a treinta mil hombres, mujeres y niños, la mayor parte de las veces mucho después del final de la lucha? Si algún inglés, después de leer la *Historia de la Comuna* de Lissagaray, aún tiene dudas sobre las «atrocidades» reales de la Comuna, puede consultar la correspondencia parisina de mayo y junio de 1871 publicada en *The Times*, *Daily News* y *Standard*,^[8] que relata la clase de «orden que reinaba en París» tras la gloriosa victoria de Versalles.

No basta con darse cuenta de las verdaderas «atrocidades» de la Comuna. Es hora de que el pueblo comprenda el significado real de la revolución, que puede resumirse en unas pocas palabras: que el pueblo gobierne para el pueblo. Este fue el primer intento por parte del proletariado de gobernarse a sí mismo. Los trabajadores parisinos ya lo expresaron en su primer manifiesto, al declarar «comprender que tenían el deber imperioso y el derecho absoluto de convertirse en dueños de sus propios destinos mediante el uso de su poder gubernamental». El establecimiento de la Comuna no supuso la sustitución de una clase dirigente por otra, sino la abolición de toda clase dirigente. Supuso la sustitución de la producción capitalista por un auténtico régimen cooperativo, es decir, comunista, además de contar con la participación, en esa revolución, de trabajadores de todos los países con un propósito de internacionalización, y no solo de nacionalización de la tierra y la propiedad privada.

Esos mismos hombres que ahora claman contra el uso de la fuerza usaron la fuerza —¡y qué fuerza!— para derrotar al pueblo parisino. Esos que ahora tildan a los socialistas

de meros agitadores y dinamiteros usaron el fuego y los sables para aplastar al pueblo hasta la sumisión.

¿Y en qué han resultado todas esas masacres, esos asesinatos de miles de hombres, mujeres y niños? ¿Está muerto el socialismo? ¿Se ahogó en la sangre del pueblo parisino? Hoy en día el socialismo es una potencia mayor que nunca. La burguesa República de Francia podrá tender la mano a la autocracia rusa para tratar de eliminarlo; Bismarck podrá instaurar leyes cada vez más represivas y la América democrática podrá seguir su estela, y aun así... ¡seguirá adelante! Y puesto que el socialismo es hoy una potencia que «se siente en el aire» hasta en Inglaterra, ha llegado la hora de hacer justicia a la Comuna de París. Ha llegado la hora de que incluso los oponentes del socialismo lean, si no con empatía, al menos con paciencia, un relato honesto y sincero de lo que ha sido, hasta el momento, el mayor movimiento socialista del siglo.

ELEANOR MARX AVELING
junio (Pentecostés) de 1886

[8] Emplazo a los lectores a consultar el registro de muertes contabilizadas por *The Times* en Moulin Saquet y Clamart, mucho después de la entrada de los versalleses en París, así como el registro de la prensa inglesa al completo respecto a la masacre total que se llevó a cabo tras esa entrada. He aquí algunos extractos escogidos al azar:

«Reina el caos al final del bulevar Malesherbes. Qué lúgubre espectáculo es ver a hombres y mujeres, de toda edad y condición, desfilan a intervalos en esa dirección fatal. Un grupo de *trescientos* ha cruzado el bulevar hace solo unos instantes [...]. El miércoles, en Satory, mil insurgentes capturados se rebelaron y se libraron de sus esposas [...]. Los soldados dispararon a la multitud y mataron a *trescientos* insurgentes [...]. En uno de los convoyes de prisioneros [...], un soldado que llevaba agarrada a una mujer empezó a agujonearla con la punta del sable hasta que corrió la sangre [...]. El señor

Galliffet detuvo la columna, eligió a ochenta y dos [prisioneros] y les disparó allí mismo [...]. Hasta un millar de comuneros resultaron muertos tras su captura (1 de junio) [...]. La vida humana se vende tan barata que se dispara a un hombre más fácilmente que a un perro. Los fusilamientos son aún [mucho después de que la lucha haya terminado] constantes e indiscriminados», *The Times*, mayo-junio de 1871.

«Se cree que han fusilado a setecientos insurgentes que buscaron refugio en la Madeleine con bayonetas en la misma iglesia [...]. Los cadáveres de los insurgentes han llenado once vagones de carga y se han enterrado en la fosa común de Issy [...]. No hubo clemencia para ninguna mujer, hombre o niño [...]. Disparaban en tandas de *ciento cincuenta* a la vez», *Daily News*, mayo-junio de 1871.

«Continúa el aluvión de ejecuciones indiscriminadas. Conducen a los prisioneros en tandas hacia algunos [...] lugares donde están estacionados los pelotones de fusilamiento y ya se han cavado trincheras de antemano [...]. En uno de ellos, la caserna Napoleón, han disparado a quinientas personas desde anoche [...] y entre ellos, invariablemente, se encuentran mujeres y niños [...]. Los prisioneros se disponen enseguida para la descarga y caen en la trinchera, donde, si no han muerto ya a causa de los disparos, el ahogamiento enseguida pone fin a su dolor. Dos únicos consejos de guerra están disparando a una media de *quinientos al día*. Se han recogido *doscientos* cadáveres en los alrededores del Panteón», *Standard*, junio de 1871.

Prefacio de la primera edición

La historia de la clase obrera desde 1789 habría de ser el prólogo de esta historia. Pero el tiempo apremia, las víctimas se arrastran hacia sus tumbas y la perfidia de los liberales amenaza con superar las gastadas calumnias de los monárquicos. Por ello me limitaré, de momento, a esbozar unas breves frases estrictamente necesarias a modo de introducción.

¿Quién hizo la revolución del 18 de marzo? ¿Qué papel desempeñó el Comité Central en la misma? ¿Qué era la Comuna? ¿Cómo es que cien mil franceses faltan en su país? ¿Quién es el responsable? Legiones de testigos responderán a estas preguntas.

No hay duda de que habla un exiliado, pero un exiliado que no fue ni miembro, ni oficial, ni funcionario de la Comuna, que se ha pasado cinco años tamizando la evidencia, que no ha osado expresar evidencia alguna sin la más absoluta certeza, que contempla el acecho del vencedor a la mínima exactitud para negar el resto, que no sabe proferir mejor lamento para los vencidos que el relato sincero de su historia.

Una historia que, por otra parte, se debe a sus hijos, a todos los trabajadores de la tierra. El niño tiene derecho a conocer el porqué de las derrotas paternas; el partido socialista, las campañas hechas bajo su estandarte en todos los países. Aquel que cuenta al pueblo falsos mitos revolucionarios, aquel que se divierte con historias sensacionalistas, es tan criminal como el geógrafo que osara elaborar falsos mapas para los navegantes.

Londres, noviembre de 1876

Prefacio de la segunda edición (1896)

Para que se sepa

«**L**a historia de la Comuna nos ha sido escamoteada», dice Michelet a propósito de la Revolución francesa. Los escamoteadores han fabricado la historia de la Comuna de 1871. Desconocer u odiar a la clase que produce es la característica actual de una burguesía antaño grande, pero hoy inquieta por las revoluciones de abajo.

La del 18 de marzo de 1871 es la marea más alta del siglo, la más asombrosa manifestación de esa fuerza popular que toma la Bastilla, lleva al rey a París, asegura los primeros pasos de la Revolución francesa, sangra en el Campo de Marte, le quita al rey las Tullerías, expulsa a los prusianos, extirpa la Gironda, alimenta las ideas de la convención, los jacobinos y el *Hôtel de Ville*, barre a los curas, cede bajo Robespierre, se levanta de nuevo, luego se adormece durante veinte años para despertar con los cañones aliados, se hunde en medio de la noche, resucita en 1830, recién recompuesta asiste llena de sobresaltos a los primeros años del reinado de los Orleans, rompe sus

redes en 1848, sacude durante tres días, en junio, una república madrastra, vuelve a estallar en 1869, vacía las Tullerías en 1870, vuelve a ofrecerse al invasor y aún sigue despreciada, marchita, hasta el día que aplaste la mano que pretende agarrarla. Ese flujo revolucionario corre ininterrumpido por nuestra historia, tanto a plena luz como bajo tierra, como los ríos que de repente se ocultan en los abismos o las arenas y reaparecen más tarde, relucientes, bajo un extrañado sol. Voy a contar, pues, la última erupción, para extraer las aguas vivas de los lodazales.

¿De dónde salieron todos esos desconocidos del 18 de marzo de 1871? ¿Quién provocó esa jornada? ¿Qué hizo el Comité Central? ¿Qué fue la Comuna? ¿Cómo es que tantos miles de franceses patriotas y republicanos fueron masacrados por otros franceses, arrojados fuera de su patria y renegados durante tanto tiempo por los republicanos? ¿Quiénes son los responsables? Los actos nos lo dirán.

Los ha resumido un antiguo combatiente que no ha sido, sin duda, ni miembro, ni oficial, ni funcionario, ni empleado de la Comuna, un hombre de rango sencillo que ha conocido a hombres de toda clase y procedencia, ha visto los hechos, atravesado los dramas y, durante largas jornadas, ha recogido y tamizado los testimonios, sin otra ambición que la de esclarecer, para las generaciones venideras, el sangriento surco trazado por sus mayores.

El ascenso al poder gradual, incontenible de las clases obreras es el hecho culminante del siglo XIX. En 1830, en 1848, en 1870, el pueblo corona el *Hôtel de Ville* para cederlo casi al momento a los sustractores de las victorias;

en 1871, en cambio, resiste, se niega a cederlo, y durante más de dos meses administra, gobierna y conduce la ciudad al combate. Es necesario saber cómo y quién lo arrojó al vacío, hay que decirlo y actuar con paciencia ante la verdad, porque el pueblo es inmortal.

El enemigo se mostrará orgulloso y construirá falsas leyendas llamadas revolucionarias, tan criminales como el cartógrafo que elabora mapas falsos para los combatientes venideros.

Mayo de 1896

HISTORIA DE LA
COMUNA DE PARÍS
DE 1871

